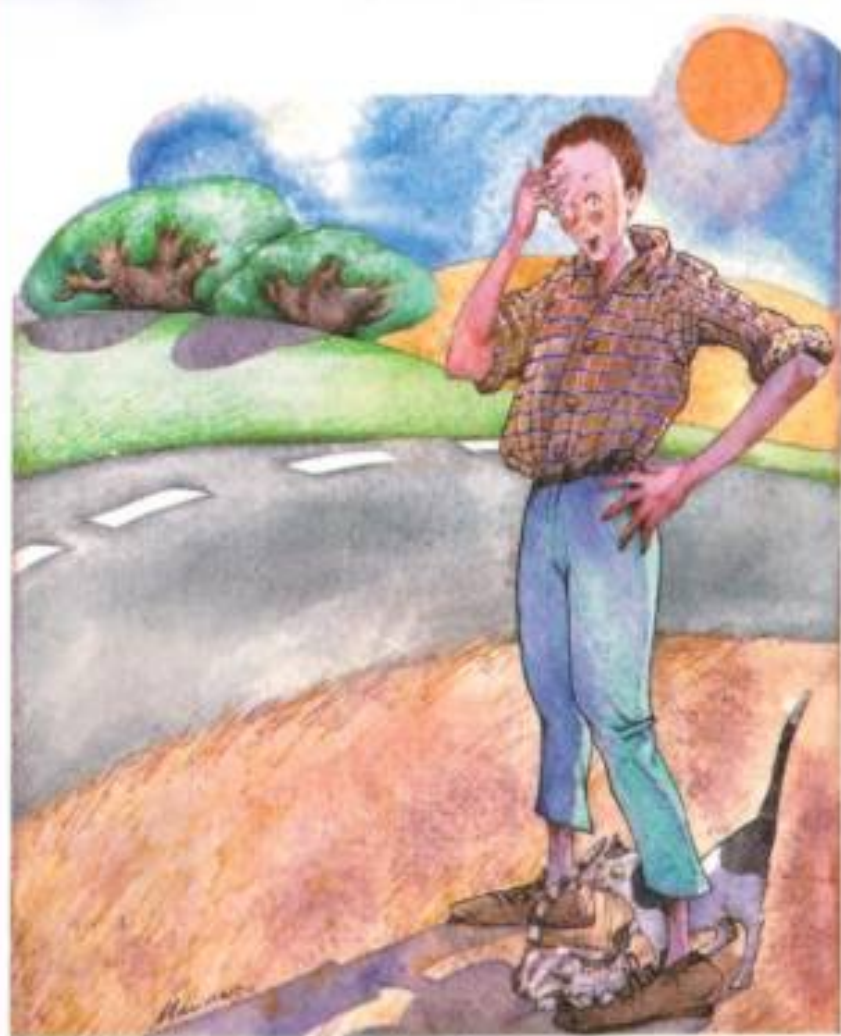


ala delta

Antonio BERNAL

**CUS-CUS
EL VAGABUNDO**



Cus-Cus tiene un gran sueño: convertirse en una estrella de circo. Sin embargo, sin querer se ve envuelto en las más disparatadas aventuras: ayuda a la policía a atrapar delincuentes, lo confunden con un médico, lo toman por loco... Pero Cus-Cus sabe bien qué quiere conseguir y persiste en su intento.

Antonio Bernal es profesor de EGB. Le gusta mucho el deporte y practica el tenis en sus ratos libres.

A Prese...

Índice de contenido

Cubierta

Cus-Cus el vagabundo

1. Los gatos
2. El circo
3. La casa abandonada
4. La pesca
5. El autobús desarmado
6. La anciana y el baño de espuma
7. El hospital
8. El ratón y el queso
9. Todos locos
10. ¡Eh, toro!
11. ¡Vaya viajecito!
12. La feria y la escuela

13. De vuelta al circo

1. Los gatos

CUS-CUS es un muchacho espigado, delgaducho, de nariz respingona, pelo erizado y unas alegres pecas que adornan su cara. Le gusta el aire libre, tomar el sol, jugar con sus amigos y engullir golosinas. Sus piernas son largas y por eso corre que se las pela dando enormes zancadas. Tiene unos ojillos brillantes, azules como el cielo, que siempre están alerta, espabilados y despiertos. De sonrisa amplia, dientes separados y graciosos que le dan un aspecto simpatiquísimo. Lleva una camisa de cuadros de colores y los pantalones, por encima del tobillo, dejan paso a unos enormes zapatones llenos de agujeros; le quedan tan grandes porque se los ha encontrado en un basurero de las afueras y no ha podido por menos de ponérselos, ya que no tiene otros.

—Bien mirado, hasta los veo bonitos —se repetía.

Se sentía molesto ante la idea de que su amigo Gafoso, que le había ganado los otros zapatos en la apuesta de una disputada carrera de sacos, pudiera burlarse de él.

No tardó en ver aparecer a lo lejos al otro, que, jugando con las piedras del camino, se acercaba.

—Se reirá de mí cuando me vea con estos zapatos. —Y así fue.

Cus-Cus también se rió al ver a Gafoso con un sombrero de paja.

—¡Pareces un espantapájaros! Ya estamos a la par. Gafoso sonrió y... quedaron tan amigos.

Toda la mañana de ese domingo caminaron por una carretera vecinal, dando saltos por los bordillos del asfalto y jugueteando con los perrillos callejeros que encontraban por allí. Tenían hambre. Vieron un quiosco ambulante aparcado delante de la gasolinera.

—¿Tienes dinero? —preguntó Gafoso.

—Yo no. ¿Y tú?

—Ni una perra.

Por su condición de vagabundo, Cus-Cus siempre se encontraba sin un duro. Desde muy temprana edad, debido a que las circunstancias habían sido adversas para su familia, se había visto obligado a mendigar.

Cus-Cus se asomó por la parte de atrás.

Ante ellos se descubrían montañas de emparedados, bebidas y golosinas de todas clases.

—¿Se notará mucho si cogemos un poquito? —preguntaba Cus-Cus—. Yo tengo un hambre que no veo.

—Venga, vamos, que del olor de la comida se me hace la boca agua —apremiaba el otro.

—Nos vamos a poner morados.

—Morados, verdes, amarillos y negros si tú quieres, pero date prisa que nos van a descubrir.

El dueño del quiosco ni se dio cuenta de la falta y ellos salieron corriendo por la parte de atrás de la gasolinera con unas zancadas grandísimas.

—¡Qué rico!

—¡Está para chuparse los dedos!

Animados por el olor de la comida, unos gatos se acercaron a ellos.

—Tomad, gatitos, unas miguitas, pero sólo unas miguitas, ¡eh!

—Mira, Cus-Cus, ese gato tiene el rabo tieso. ¿Eso será malo?

—No sé. ¿Se lo preguntamos?

—Oye, gato, ¿por qué no bajas el rabo?

El animalito, harto de oír palabras que no entendía, optó por irse con un miau, miau, que podía significar algo así como ¡al cuerno, tontos!

Una idea mágica acudió a la mente de Cus-Cus.

—Mira, compañero, yo ya estoy cansado de pasar hambre y de llevar vacíos los bolsillos.

—Y yo.

—Tengo una idea genial. Podemos amaestrar estos gatos para que hagan un número de circo y los presentaremos en el que están levantando al final de la carretera.

—Vale, tío. ¡Qué idea más chula!

—Vamos a enseñarlos a saltar por el centro de un aro. También podemos hacerles responder a nuestras preguntas con un «miau» para afirmar. Y dos veces «miau, miau», cuando la respuesta sea negativa.

—Explícamelo mejor.

—Es muy sencillo; sólo hay que hacerles comprender que, si siguen nuestras indicaciones, tendrán unas golosinas, y si no lo hacen correctamente, se quedarán sin su premio.

—Tú lo ves muy fácil, pero yo no.

Gafoso no era optimista y lo fue menos todavía cuando intentaron poner las manos encima de los gatitos.

—Ya te decía yo que no era tan fácil.

Cus-Cus llamaba a los gatos suavemente:

—Ssssssssssss...

—Chico, pues vaya idea genial la tuya.

La opinión de los dos animalitos era muy distinta. Por supuesto, no se pensaban dejar coger.

—Ven, gatito, ven.

Tuvieron que desistir de momento y descansar, porque de tantos saltos estaban agotados.

—¡Vaya gatos! ¡Cómo corren! ¡Estoy muerto!

—¡Qué barbaridad! ¡Ni que fuesen leones!

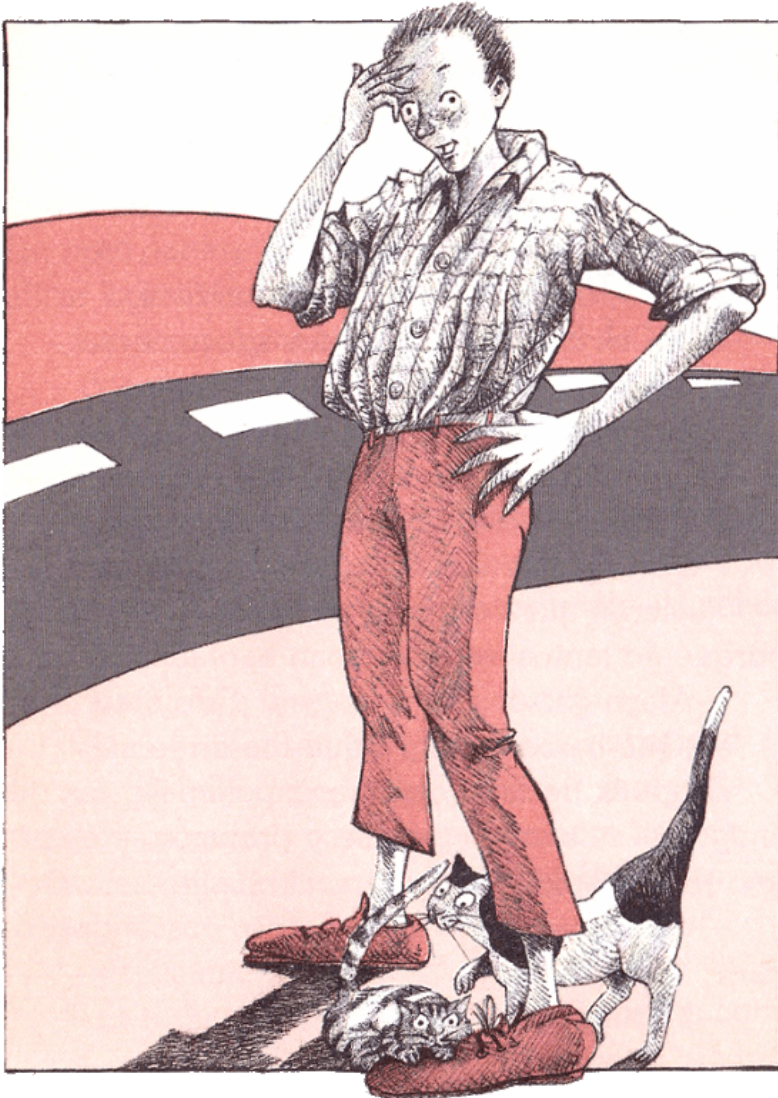
Después de la agotadora experiencia, los dos amigos decidieron separarse y probar suerte cada uno por su la-

do.

–Adiós, amigo –dijo Gafoso rascándose la nariz.

–Hasta pronto.

–Chico, es que no me das suerte.



Cus-Cus, algo entristecido, siguió andando de nuevo por la larguísima carretera. Como todavía llevaba encima

el olor de lo que había comido, los gatos no terminaban de despegarse de él.

—¿Qué queréis, leones? Ya no me vais a hacer correr más.

Los gatitos no paraban de pasar su hocico húmedo y fresco por los tobillos de Cus-Cus que fingía no darse cuenta.

Al cabo de un rato...

—¿Es que ahora sí que queréis venir conmigo?

Como si la mezcla aromática de la grasa pegada a los pantalones hubiera hechizado a los gatos, éstos asentían con unos movimientos de rabo que denotaban conformidad.

Pasaron los días. Cus-Cus y sus gatitos practicaban sin cesar las piruetas y los saltos de los ejercicios circenses.

—¡A la derecha!, ¡salta!, ¡sube el rabo!, ¡rabo abajo! Pero sin arañar, que eso es trampa.

Al fin se decidió a presentar el espectáculo.

Llegaban ya a los alrededores del circo. Cus-Cus se sentó a mirar embobado a los hombres —forzudos le parecían— que levantaban la carpa.

Uno de los gatos, que Cus-Cus había bautizado con el nombre de Chufo, y por el que sentía más afecto, correteaba delante de sus zapatos dando unos saltitos muy graciosos.

En uno de esos brincos vino a caer encima de unas gafas partidas que había en el borde de la carretera.

Cus-Cus puso las gafas a Chufo para divertirse a costa del animalito y dio al pobre gato el susto más grande de su vida. Con el aumento de las lentes, Chufo lo veía todo enorme.

—¡Miau y requetemiau!

Hasta las hormiguitas del camino le parecían gigantes al felino.

—¿Qué te pasa?

—¡Miau!

–Pues menos mal que ha sido una hormiga. Si llegas a ver un ratón...

A Cus-Cus ya se le estaba ocurriendo otra de sus fantásticas ideas. Colocó de nuevo las gafas a Chufo y lo aproximó a las jaulas de los monos. El animal no salía de su asombro. Daba unos saltos que parecía un planeador.

–¡Un gato volador! –gritó el domador.

–¡Un gato volador! –vociferaban los payasos.

–¡Qué atracción para mi circo! –dijo eufórico el director.

–¡Rápido, rápido, traedme ese gato!

El gato y el dueño quedaron contratados. Cus-Cus tenía a la vista buenas perspectivas.

2. El circo

CUS-CUS sólo tenía que colocarle a Chufo las gafas y, al mirar hacia un pequeño ratoncito que había atrapado en una jaula, empezaba el espectáculo. Los saltos del gato eran acrobáticos ante el terror que le producía el monstruo que creía ver.

–Es un gato prodigioso. Con él me voy a hacer de oro.

El gato dormía en una almohada que Cus-Cus había cogido al payaso Tacón.

–Sin el almohadón no podré hacer el truco de las siete sillas –se lamentaba el payaso–. Tengo que descubrir al usurpador de mi instrumento de trabajo.

–¡Ahí está! ¡Ladrón, pirata!

–¿Qué pasa?

–Te voy a dar.

–¡Deja a mi gato!



–¿Que lo deje?

–Llévate lo que dices que es tuyo y déjanos en paz.

–¡Vaya cara!

Chufó sacó las uñas, se erizó y se le puso el rabo tieso.

–Ffffffffffff... –Sólo el mirarlo asustaba.

–Tranquilo, Chufó, que ya se va.

Parecía que el incidente estaba resuelto; pero cuando el gato tuvo que dormir de nuevo, buscó obstinadamente su camita del día anterior. ¡Allí estaba! –pensó el gato–. Y con un ronroneo pegajoso agarró de nuevo la almohada de la silla del payaso.

Todos sabéis que los gatos tienen pulgas y Chufo no iba a ser una excepción. ¡Las tenía!

El gatito bostezó y, al sacudirse, soltó algunos de esos molestos parásitos.

Y llegó la hora de la actuación. El público aplaudía los chistes y las monadas de los payasos. Pero llegó el truco de las siete sillas y...

Tacón sacó su almohadilla para realizar el número. Se colocó de pie sobre ella, saltando y haciendo sus gracias. Una pulga voló por el aire. Cayó en el bolsillo del payaso. Voló otra y fue al sombrero. Saltó la tercera y se acomodó en los calcetines. Y empezaron a picar.

–¿Qué me pasa? ¿Qué tengo? ¿Qué picazón!

El auditorio lo miraba extrañado. Tacón no cesaba de rascarse. Las pulgas se deslizaban por su grotesco atuendo como por una pista de aterrizaje.

–Mira, mamá, ese payaso tiene un baile muy raro –comentaba un niño.

–¡Fuera, fuera!

–¡Que lo echen!

Hubo que suspender la representación y pasar a la siguiente. Pero no terminó así la cosa, porque algunas de las pulgas, con sus característicos brincos, se habían mezclado con el público que ya se removía haciendo muecas y metiéndose las manos entre la ropa.

–¡Qué desastre! –decía el director del circo–. Nunca hubo un revuelo semejante bajo la carpa.

–¡Que me da algoooo...!

Cus-Cus y Chufo miraban desde lejos el jaleo. Se preguntaban qué era lo que había ocasionado tanto alboroto.

Esa tarde ya no tuvieron que trabajar. Cus-Cus cogió a su gato, porque sólo tenía uno, ya que el otro, que hacía títeres con ellos, se había marchado con otros gatos de las inmediaciones del circo y se habían tumbado en una alfombra al tibio sol de la tarde.

Ya de noche dieron un paseo por entre las jaulas de los animales. El gato correteaba junto al gran elefante del circo. El trompudo animal levantó una pata y listo tuvo que andar nuestro amiguito para no quedar hecho puré.

Unos pasos más atrás, el fabuloso domador del circo amaestraba a su «rey», su león africano. La carne en trocitos era el premio que el animal recibía cuando obedecía las órdenes de su maestro.

–¡Sube la pata! ¡Salta!

–¡Grrrrrrrr...!

–¡Bien por el rey de la selva!

Chufu quedó entusiasmado viendo estos ejercicios. Se hizo un roscó y se durmió gracias al calor que salía del interior de las jaulas.

–¡Zzzzzzzz...! ¡Zzzzzzzzzz! –Dormitaba.

Pasó una hora y el rugiente y temible león se quedó solo en su jaula. Observó al gato con mucho cuidado y cuando estuvo bien seguro de tenerlo cerca de su garra, dio un zarpazo.

–¡Grrrrrr!

–¡Miau! ¡Qué susto!

El león lo tenía enganchado. Chufu, encogido en la reja sin poder apenas moverse, lanzaba aullidos de espanto.

Cus-Cus acudió al instante.

–¡Que me come! –pensaba el gato.

Había que hacer algo, pero a Cus-Cus se le había quedado la mente en blanco y no se le ocurría nada.

¡Zas! ¡Ya lo tenía! Salió disparado y se trajo las gafas que Chufu utilizaba en sus actuaciones. Colocó los lentes al león y ya podéis imaginar el resultado. Al mirar a través